

## CONCLUSION.

LA DIGNIDAD, EL DEBER Y EL PORVENIR DEL SACERDOTE  
EN EL SIGLO XIX.

Jamas, ya es tiempo de decirlo, y por aqui debemos terminar, fueron tan grandes la dignidad, las obligaciones y el porvenir del sacerdocio.

El sacerdote, que siempre fué omnipotente, lo sería aun, y ahora mas que nunca, porque en el dia no existe, para nadie, otro imperio posible mas que el de la doble superioridad de la inteligencia y de la virtud; y del sacerdote sobre todo es de quien puede decirse que no hay para él salvacion fuera de la capacidad, ni capacidades fuera del sacrificio. Ya pasaron los tiempos en que el *Santisimo Sacramento* era un arma en la mano de un sacerdote aislado, cuya sola *presencia real* hacia retroceder ó arrodillarse á los Atilas á la cabeza del linage hu-

mano. Otros tiempos, otras costumbres; pero, por variar de medios, el sacerdocio no varia de poder. Los pueblos ahora han aprendido (¿y quien no ha temido enseñarlos?) á contar por nada las fórmulas, ó á medirlas á lo menos por los hechos: á no reconocer la autoridad sino en la ausencia del *yo*.

Pero esa capacidad, confesémoslo, es facultativa, si hay algo facultativo en el mundo. ¿Qué podría impedir á un hombre de ser generoso? La maldad, la tiranía misma (que no puede concebirse con la pureza de la víctima) lejos de ser obstáculos, serian medios, porque ofrecerian ocasiones de virtud.

Así, cuando el clero perece, no perece sino por suicidio.

La novedad y el liberalismo de los gobiernos no son mas que las mas magnificas ocasiones de poderío, como su injusticia ó su ingratitud lo son de resignacion para el sacerdote. Forzosamente *protestantes* para adquirir, somos naturalmente católicos para conservar.

Y esta es la razon porque todos los grandes ingenios del dia, en todos géneros, son esencialmente católicos, porque todos defienden al sacerdote.

Esta es la razon por que la Religion sola no muere nunca, cuando todo muere.

Sepa el sacerdote proponerse á Dios por objeto de todas sus acciones; impóngase el deber (exigido imperiosamente por el soberano Pontífice, su señor) de indiferencia en materia de gobierno; sepa

sobre todo no solicitar nunca, para los otros, mas que beneficios, para sí, mas que privaciones: — sea *Cristo* en fin, y será dominante.

! Y lo que es aun mas, todos querrán que lo sea!

.....  
Pero no terminaremos esta obra tan larga, escrita á la ligera, mas con el corazon que con la cabeza, sin hacer oír, á manera de *á Dios*, á nuestros lectores, la verdad que creemos mas necesaria porque es la mas consoladora: — Solamente en el clero y en los fieles, y cuando mas en los infieles á las otras comuniones, (sin hablar de la inmortalidad y de la eternidad propiamente tales) se ve á lo pequeño dejar de serlo cada vez mas, y á lo grande serlo cada vez mas tambien, en la mente de los otros, como en la suya propia.

Y esto, por espacio de mil años, si la vida fuera de mil años.

En este orden de personas solamente la muerte misma es casi siempre el acto mas bello y mas glorioso de la vida. Testigos los admirables mártires de la Cochinchina.

No nos cansaremos de repetirlo; hay tal cura infinitamente pequeño, tal hermano de la doctrina cristiana mas pequeño aun, que, edificando *una sola alma* de pobre, y aun instruyendo *una sola inteligencia* de niño, hace mil veces mas bien á los ojos de Dios y aun de los hombres, que los mas grandes ingenios; — mas que daño hacen (y sin embargo es inmenso) todo el luteranismo de la

Prusia, todo el cisma de la Rusia, toda la falsa filosofía de la Francia!...

Ahora bien, es evidente, es cosa consoladora y terrible á la vez (porque se tomará en cuenta en el juicio particular y en el juicio general) que *cada uno* de nosotros podia elevarse á la altura de ese humilde cura ó de ese fiel aun mas humilde, admirándolos, al primero sobre todo.

Sufrámoslo á lo menos : *Quod erat demonstrandum.*

FIN.

